

LEALTAD: EL ÚLTIMO REFUGIO DE LA FE

Hace casi 500 años, un monje franciscano se presentó ante un tribunal en la ciudad de Worms, en Alemania. El tribunal estaba presidido por el Emperador y secundado por un montón de obispos, teólogos y sacerdotes. El monje tenía que responder a las acusaciones de herejías que se habían hecho en su contra; decían que había faltado el respeto al Papa y a la doctrina de la iglesia. El nombre de este monje era, por supuesto, Martín Lutero. Durante muchas semanas, lo llenaron de acusaciones, y le dijeron que si no se arrepentía de esas ideas iba a ser condenado a la hoguera por hereje. Lutero guardó silencio durante el juicio, hasta que el 18 de abril de 1521, abrió la boca para pronunciar estas palabras: *A menos que no esté convencido mediante el testimonio de las Escrituras o por razones evidentes —ya que no confío en el Papa, ni en su Concilio, debido a que ellos han errado continuamente y se han contradicho— me mantengo firme en las Escrituras a las que he adoptado como mi guía. Mi conciencia es prisionera de la Palabra de Dios, y no puedo ni quiero revocar nada reconociendo que no es seguro o correcto actuar contra la conciencia. Que Dios me ayude. Amén.*

La valentía de Lutero fue la chispa que encendió la Reforma protestante. Todos los cristianos en el mundo somos herederos de esa valentía; pentecostales y bautistas, hermanos libre y anglicanos, metodistas, luteranos, católicos, ortodoxos... la fe de todos nosotros sigue el ejemplo de valentía de ese monje, que estuvo dispuesto a mantener su lealtad a la Palabra de Dios cuando la presión a su alrededor era inmensa y parecía que la única opción era agachar la cabeza ante la mentira y la corrupción de la iglesia.

Pero el problema para nosotros, 500 años después de Lutero, es que estamos rodeados constantemente por ruido. Leí un estudio hace un tiempo que me dejó de cara: en un día normal, nuestra generación está en contacto con la misma cantidad de información que la que una persona de la Edad Media recibía en toda su vida. En un solo día, nosotros consumimos más información que una persona de la Edad Media durante toda su vida.

Y tengo un par de datos más que dan un poco de miedo:

- hay 3,2 mil millones de usuarios de redes sociales en todo el mundo, y este número continúa creciendo. Esto equivale aproximadamente al 42% de la población actual

- el 90,4% de los Millennials (es decir, los nacidos entre 1980 y 2000 más o menos) utilizan cotidianamente las redes sociales
- actualmente dedicamos un promedio de 2 horas y media por día a las redes sociales y mensajería
- 500 millones de historias se suben por día a Instagram
- Cada 6 segundos se crea una nueva cuenta de Facebook
- Por día se miran 5 mil millones de videos en YouTube
- En promedio, una persona mira 80 veces por día su teléfono
- En promedio, usamos el celular cuatro horas por día... es decir: cinco días al mes... es decir: dos meses al año

No hay forma que semejante ruido no se nos meta en la cabeza y altere nuestro equilibrio. Además, con las redes sociales, tenemos acceso casi ilimitado a los intereses, deseos, miedos, opiniones, prejuicios y odios de los cientos y miles de personas con las que estamos conectados. No solo tenemos que lidiar con nuestra propia mente, sino que, de pronto, tenemos un lugar de privilegio como espectadores de lo que pasa en la cabeza de un montón de personas.

La gente tuvo opiniones diferentes toda la vida. Así fue desde el comienzo de la humanidad. Sin embargo, lo que nos pasa hoy es que por primera vez en la historia tenemos acceso a todo ese mundo interior. Y la verdad, puede ser bastante abrumador. Las cosas se ponen más complicadas cuando empezamos a hablar de temas más picantes. Cuando hablamos de política, de cuestiones éticas, de leyes, de la mejor forma de resolverla delincuencia, de qué significa ser una persona feliz o realizada, cuál es el político que está del lado del bien y cuál del lado del mal, las cosas se ponen un poco más complicadas.

Ahí empieza a operar un mecanismo muy extraño en nuestras mentes. Sentimos la presión de la opinión de los demás, de nuestros amigos y familia. Somos muy conscientes de qué es lo políticamente correcto decir.

Cada uno de nosotros quiere ser querido y tener un buen nombre. No queremos sufrir ni perder prestigio; nos resistimos instintivamente al dolor y a ser tratados como inferiores.

Todas esas voces que nos rodean van acorralándonos. Y de pronto nos encontramos teniendo que elegir una posición, comprando un eslogan y una bandera. Porque es más fácil sobrevivir cuando

uno anda en manada. Así que compramos todo un paquete de palabras, colores, frases, referentes y preocupaciones. Para intentar sobrevivir a este tiempo caótico, vamos abrazando posiciones y causas que, aunque no son exactamente lo que queremos decir, son lo que más o menos se acerca. Así que nos comprometemos con esas cosas, hacemos alianzas entre nuestra fe y esa posición para poder identificarnos con una de las posturas en los debates de nuestro tiempo. Pareciera que, si no tomamos una posición en medio de todo este lío, nuestra fe se vuelve irrelevante. Eso se convierte en nuestra lealtad, en nuestro grito de batalla. Lo que generalmente hacemos es identificar a esa lealtad que ya habita en nosotros con “el verdadero cristianismo”, y decimos que no se puede ser un verdadero cristiano sin tener también esa bandera

El problema de esa alianza generalmente no se percibe en el corto plazo... en el corto plazo uno intenta simplemente sobrevivir y no ser arrastrado por el olvido o silenciado por alguien que grite más fuerte... pero en el largo plazo, esa alianza generalmente se paga cara. Y al final del día, “cristianismo” se ha vuelto una palabra vacía... deja de ser el centro, el eje, la clave desde la que pensamos el resto de las cosas... se convierte en un adjetivo que acompaña a otras causas.

Creo que, como iglesia, estamos reaccionando de tres grandes maneras ante este mundo complejo y lleno de voces en el que nos toca vivir. Identifico 3 posturas claras:

- La primera es la retirada. Es lo que pasa cuando hacemos como si no pasara nada, cuando intentamos escaparnos del mundo y dedicarnos a “cosas más espirituales”. Al igual que los místicos que se iban a vivir al desierto, nos aislamos del mundo que nos rodea para no contaminarnos. Quisiéramos vivir en un culto interminable, sin enfrentar todo el lío que hay afuera.
- La segunda es escondernos en la trinchera. Es lo que hacemos cuando criticamos todo lo que pasa, cuando nos metemos hacia adentro y desde ahí tiramos palos al mundo. Vemos a todo lo que está pasando como el enemigo y nos identificamos con las posiciones más conservadoras de la sociedad. Hacemos alianzas con esas voces porque nos encantaría que todo siguiera siendo como hace 20 o 50 años. Todo era más fácil entonces.
- La tercera es la rendición. Es lo que pasa cuando bajamos los brazos y decimos: “es imposible seguir creyendo en esto en el mundo de hoy”. Así empezamos a hacer alianzas con los movimientos más progresistas, con “lo nuevo” que está pasando. “Los conservadores” se convierten en los grandes enemigos, y pensamos que si todos estuvieran en la nueva onda, el mundo se parecería más al Reino de Dios.

La retirada, la trinchera y la rendición parecen ser las tres actitudes más comunes de la iglesia en estos tiempos difíciles que nos tocan vivir. Nuestra lealtad deja de estar puesta en Cristo mismo y se identifica con una de estas posiciones.

Cuando intento escuchar todas las voces, todas las posiciones, todos los discursos, y estar al tanto de todo, me agarra una ansiedad y un agotamiento enormes. Me abrumba todo y no tengo fuerzas para enfrentarlo. Lo único que me ayuda a enfocarme es, como dice Hebreos, poner los ojos en Jesús.

Cuando miramos a Jesús interactuando con la gente nos damos cuenta de lo imposible que era domesticarlo. Había un montón de voces y posiciones marcadas en su tiempo... y Jesús tenía una capacidad increíble para mostrar un amor inmenso por las personas y al mismo tiempo una distancia de sus posiciones.

- Jesús no se parecía a los fariseos que llenaban las sinagogas. Los fariseos tenían una posición muy firme en cuanto al cumplimiento de la ley pero eran duros y no tenían misericordia. Jesús todo el tiempo dejaba en claro su hipocresía y doble moral, pero no tenía problemas en comer con ellos. Incluso tuvo una charla con Nicodemo, un líder fariseo, al que invitó a nacer de nuevo.
- Jesús tampoco se parecía a los zelotes, que eran fanáticos religiosos que luchaban contra el imperio romano. Querían que Israel fuera libre políticamente y esperaban un Mesías que los llevar a ganar la guerra. Aunque Jesús se distanció de ellos y se opuso a la idea de hacer una revolución armada, también pudo abrazarlos; tanto es así que uno de sus discípulos era conocido por eso: "Simón, el zelote".
- Y Jesús tampoco se parecía a los publicanos, que eran vistos por los judíos como traidores a la patria, porque robaban a su propio pueblo para darle a los invasores romanos. Un famoso publicano llamado Zaqueo, después de estar un rato con Jesús, tomó conciencia de su pecado y devolvió todo lo que había robado a la gente. Y aunque Jesús no se parecía en nada a ellos, era conocido por ser amigo de publicanos y comer con ellos; incluso llamó a uno de ellos, Mateo, a que fuera uno de sus discípulos
- Jesús tampoco se parecía a otro grupo claramente identificable en Israel, las prostitutas. Jesús predicaba la pureza sexual, y hasta decía que mirar a una mujer y codiciarla en el corazón era ya como pecar con ella. Y sin embargo, Jesús también era conocido como "el amigo de las prostitutas"; una de ellas compró un perfume muy caro en un acto de adoración a Él.

- Jesús fue muy crítico con los sacerdotes y con el mundo del templo de Jerusalén. Señaló la corrupción que había entre ellos, y los acusó de haber convertido a la casa de Dios en una cueva de ladrones. Y sin embargo, Jesús valoró las tradiciones de su pueblo; cuando nació, sus padres ofrecieron una ofrenda en el templo y lo presentaron allí; un sacerdote llamado Simeón fue una de las primeras personas en reconocerlo como el Mesías.
- Y Jesús, finalmente, dejó bien en claro que él no se parecía a los invasores tiranos de Roma. Nunca le mendigó un favor a Roma para salvarse de la muerte. Sin embargo, en sus últimas horas tuvo una conversación profunda con Pilato sobre el sentido de la verdad; según el evangelio de Marcos, el primero en ser escrito, un centurión romano, fue el primero en entender el sentido de la vida y muerte de Jesús, cuando dijo, a los pies de la cruz: “verdaderamente este hombre era el hijo de Dios”

Jesús, en su propia vida y ministerio, era claramente diferente de las otras propuestas que había dando vuelta. Nadie podía confundirlo con ninguno de los partidos o grupos sociales. La personalidad de Jesús era tan asombrosa y diferente de todo lo que andaba dando vuelta que la gente se preguntaba una y otra vez quién era.

Jesús era entonces: una alternativa. Y existen dos condiciones imprescindibles para poder ser una alternativa. En primer lugar, ser visible y comprensible por el contexto, ser entendido como una forma social que atrae. Y en segundo lugar, ser distinto de la sociedad circundante.

Pero Jesús no solo era diferente. Porque a lo largo de su ministerio, Jesús llevaba gracia adónde iba. Jesús ofrecía gracia, perdón y misericordia todos. La gracia de Jesús no era una tolerancia vacía, una gracia barata... la gracia era una invitación al seguimiento, a la renuncia de esas viejas identidades

Finalmente, este ministerio tan raro de Jesús logró lo que ningún proyecto anterior había logrado. Los fariseos, los sacerdotes, los romanos y los zelotes decían: “nosotros somos el futuro, si todos fueran como nosotros, todo estaría bien”. Pero ninguno de ellos lograba eso, lo único que hacían era construir barreras. Pero Jesús reconciliaba a la gente consigo mismo y también entre ellos. Y el fruto de esa reconciliación fue el nacimiento de la iglesia: un lugar donde judíos y griegos, hombres y mujeres, esclavos y libres, ricos y pobres... todos podían mirarse a los ojos por primera vez.

Pablo reflexiona sobre este misterio en Efesios 2:14-18 dice: *Pues Cristo mismo nos ha traído la paz. Él unió a estos pueblos separados en un solo pueblo cuando, por medio de su cuerpo en la cruz, derribó el muro de hostilidad que nos separaba. Lo logró al poner fin al sistema de leyes de mandamientos y ordenanzas. Hizo la paz entre todos al crear de los dos grupos un nuevo pueblo en él. Cristo reconcilió a ambos grupos con Dios en un solo cuerpo por medio de su muerte en la cruz, y la hostilidad que había entre nosotros quedó destruida. Cristo les trajo la Buena Noticia de paz tanto a ustedes como a nosotros. Ahora todos podemos tener acceso al Padre por medio del mismo Espíritu Santo gracias a lo que Cristo hizo por nosotros.*

Alternativa, gracia y reconciliación. Así fue el ministerio de Jesús; ese debería ser el modelo para nosotros en esta sociedad llena de ruido y posiciones fijas. Si nos dejamos llevar por las presiones y los ruidos de alrededor, terminamos pareciéndonos a cualquier otro discurso de moda que hay dando vuelta a nuestro alrededor... terminamos ofreciendo gracia y perdón solo a los que ya son como nosotros y piensan como nosotros... y terminamos profundizando la grieta de esta sociedad ya demasiado herida.

El último refugio de la fe cristiana es la lealtad a la palabra de Dios manifestada en la vida, obra, palabras, muerte y resurrección de Jesucristo. Si no sometemos cualquier otra lealtad al reinado de Jesús, no hay esperanza para nuestra fe individual y mucho menos para la iglesia como pueblo de Dios.

No se puede permanecer al interior de las posiciones previas y al mismo tiempo salir a caminar detrás de Jesús.

A Jesús no le importaban las posiciones o lealtades previamente tomadas por sus seguidores. A Jesús no lo deslumbraba el prontuario de las personas, pero tampoco sus currículums. No le importaba si eras un ladrón, una prostituta, un asesino o un mentiroso... pero tampoco le importaba si eras una persona respetable o reconocida. Todos nos encontramos, al llegar a Jesús, con la misma invitación: soltar lo que antes nos daba identidad y abrazar la nueva identidad que hay en Él.

En Juan 6 presenciamos un momento crítico... la gente abandonaba a Jesús... cuando se quedó solo con los 12, el Señor les dijo: "ustedes también quieren dejarme?". Y ahí, Pedro se quedó sin palabras... y eso no pasaba muy a menudo... la confesión que dijo entonces me parece de lo más significativo en esta época líquida, relativa, hedonista y llena de lealtades... Pedro dijo: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna». Esta declaración quizás sea la única que nos queda

en el fin de la historia. Cuando los grandes relatos de antaño se caen a pedazos, nos queda solo caminar por encima de las aguas.

Reconocer que solo Jesús tiene palabras de vida eterna significa descreer de cualquier promesa mesiánica que nos venga a hacer otra utopía. Significa que ningún otro proyecto puede salvarnos: ni la religiosidad, ni el dinero, ni la democracia, ni los militares, ni la Unión Europea, ni las tradiciones, ni los ideales de los movimientos sociales, ni las religiones orientales, ni el feminismo, ni la lucha por los Derechos Humanos, ni la tecnología, ni la ciencia, ni el individualismo, ni el espíritu comunitario.

Todas las utopías y proyectos pueden ser más o menos valiosos, pertinentes, importantes... pero si no se rinden ante la cruz de Cristo, si no llegamos al punto extremo de desesperación de decir "solo tú tienes palabras de vida eterna", creo que a la fe se la va a llevar el río de esta modernidad líquida... si no estamos parados en la roca, cuando suba la corriente, nosotros nos vamos a ir con ella

A pesar de las presiones internas y externas que quieren desfigurar el mensaje de Jesús y la lealtad de las comunidades cristianas, se debe seguir insistiendo en la alternativa del evangelio: una buena noticia que llega al corazón de las necesidades de la época y que, al mismo tiempo, ofrece algo que ningún Estado ni utopía puede ofrecer. Contra todos los pronósticos que vociferan la caducidad e inutilidad del mensaje del evangelio, esta fue la estrategia del cristianismo primitivo, y creo que tiene la capacidad de seguir siéndolo.

Ojalá seamos lo suficientemente valientes como para decir, como dijo Lutero hace 500 años:
Me mantengo firme en las Escrituras a las que he adoptado como mi guía. Mi conciencia es prisionera de la Palabra de Dios.

Lucas Magnin

Palma, 12.01.20